

A TRAVÉS DE TUS OJOS

Gemma Córdoba

Cogí el rizo en el interior de una pequeña caja de lata, era marrón, brillante y sin voz, hablaba por él mismo.

Este testimonio había perdurado a pesar de la guerra, el hambre, la escasez, las privaciones y el dolor.

Yo tenía ocho años y descubrí que mi abuela, no era sólo aquella mujer constante y paciente llena de arrugas. Había intentado contener algo de su belleza, esencia aquella de la que había oído hablar en boca de otros.

Conservaba el tacto de su juventud perdida, la figura, el amor por tararear y cantar canciones que memorizaba después de escucharlas una vez, mantenía la energía de aprender a leer sola, su competencia por aprovechar cada minuto, escapándose de vez en cuando a escuchar misa.

Valorar su amor tan dentro de mí, es hablar de los momentos que me brindó cuando llegaba llena de regañinas a su casa. No consintió que me pegaran con la dichosa zapatilla, aunque encontraran el papelillo de los roscos dentro de las mangas de la chaqueta del abuelo, y él maldijera al ponérsela, o por contarle pesadillas, junto a mi hermana, a nuestro primo a la hora de la siesta.

Salía corriendo escaleras abajo y me escondía a su espalda. Siempre, retaba a quien se acercara a mí, con esa sabiduría que gritaba a todos que ella me cuidaba.

Supo ocultar como nadie las estrecheces del dinero, cenando una simple lata de atún con pan, o haciendo manteles de croché maravillosos, con una ilusión que contagiaba a todos. Yo aprendí.

Gracias a ella, creo que me dio, a tan tierna edad, una razón para apreciar más lo que es el amor. Su rizo, como su presencia, me permitió llevar mis pasos de forma paralela a los suyos, dejando que su mirada y la mía se unieran desde aquel momento, más allá del espacio físico y del tiempo.

Con sabor a cielo, esperanza y anhelos hoy vuelvo a guardarlo, venerando cada hebra.